

LA MORENA Y LA RUBIA,

Ó LA MADRE POLÍTICA.

Comedia en dos actos, traducida libremente del francés, por D. Manuel Breton de los Herreros, *representada por primera vez en el teatro de la Cruz, el dia* 15 *de Noviembre de* 1831.

PERSONAJES.	ACTORES.
Elisa.	D.ª Antera Baus.
Matilde.	D.ª Teresa Baus.
Eulalia.	D.ª Dolores Pinto.
Tomasito.	D.ª María Martinez.
El Coronel.	D. José G. Luna.
D. Cristóbal.	D. José Galindo.
Cárlos.	D. Pedro Mate.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala con puertas en el foro y dos laterales. A la derecha un balcon. A la izquierda mesa con escribanía.

ESCENA PRIMERA.

Don Cristóbal *y el* Coronel.

Crist. Oh! Mi caja nunca está cerrada para usted. Aquí le traigo en oro el importe de la letra.

Cor. Señor don Cristóbal, me hace usted un verdadero servicio que le agradezco en extremo. Otro que usted no querria incomodarse...

Crist. Esto no vale la pena. Yo tengo á mucha honra el ser banquero de un jóven tan amable... Banquero y confidente, ¿no es verdad? vea usted si están completos los cuatro mil reales.

Cor. No faltaba otra cosa! Aunque hace poco que nos tratamos, me conoce usted bien, y sabe que yo no acostumbro á contar cuando recibo ni cuando gasto.

Crist. Sí: usted se reserva para cosas... más importantes..... ¿Cómo va de amores?

Cor. Qué dice usted?

Crist. Vamos, algo apostaria yo á que está usted muy enamorado. Y aún digo más; muy favorecido; porque leo en ese rostro la alegría, la satisfaccion.

Cor. Al contrario. Más bien creo yo que manifiesta abatimiento, melancolía...

Crist. Sea usted franco. Confiéseme que adora á alguna linda muchacha. Si lo estoy conociendo!

Cor. Ba, ba! Quién no adora á una linda muchacha? Si no fuera más que eso!

Crist. Cómo! Pues qué le sucede á usted?

Cor. Una linda muchacha! Siempre he tenido yo una á quien enamorar; lo puede usted creer; pero en el dia...

Crist. Bien; en el dia.....

Cor. Quiero á dos.

Crist. A dos nada menos?

Cor. A dos. Qué! le parece á usted mucho?

Crist. No por cierto. A la edad de usted, siempre ansioso de nuevas conquistas y siempre dudoso en la eleccion, estaba yo muy convencido de que era posible amarlas á todas á un tiempo.

Cor. Pues no es broma, señor don Cristóbal. Las dos están grabadas aquí..., en mi pecho. Se lo afirmo á usted bajo mi palabra de honor. ¡Pero si cualquiera de ellas es capaz de hechizar al hombre más indiferente!—No las nombraré, no; que me precio de ser muy reservado, y no es regular... Por cierto que no sé dónde pára la una de ellas. Oh! pero entrambas me deben un amor entrañable, sin límites... La verdad; sospecho que quiero más á la morena: sus ojos son más vivos; su talle..... Ah! Su talle!... Sin embargo, la rubia tiene más atractivos. Aquel aire de dulzura, aquella sonrisa... Vamos, estoy convencido de que no hay una mujer más interesante que mi rubia....., como no sea la otra: la morena.

Crist. Bravo! Por mucho trigo nunca es malo el año. Con eso podrá usted comparar, elegir...

Cor. Elegir! Sí! ¿Quién es el guapo... Usted me tendrá por un veleta... Yo le diré á usted: algo hay tambien de eso. Pero que! ¡Si es imposible... Nada! La fatalidad... Hay ciertas circunstancias, ciertas aventuras..... Figúrese usted que léjos de la córte conocí, hará cosa de seis meses, á la más antígua.

Crist. A la rubia tal vez?

Cor. Justamente. Vivia con una tia suya.—Y ahora recuerdo que me flechó bailando conmigo la gabota. Yo la adoraba, y ella bebia los vientos por mí...; y eso que sólo nos vimos cuatro ó cinco veces.—Pero ¡qué desgracia la mia!—trato de hacerme presentar en su casa; y me la encuentro desalquilada. Tia y sobrina acababan de emprender un viaje, no sé para dónde; y desde entonces no he vuelto á ver á mi hermosa desconocida.

Crist. Eso parece una novela.

Cor. Tiene usted razon. No faltaba para completarla más que un rapto y un par de desafios. Figúrese usted cuál seria mi desesperacion. Su dulce imágen no se apartaba de mi pensamiento, ni acertaba á separarme de los lugares donde la habia visto. En esto me dan una comision para otro punto, y en mi nueva residencia conocí...

40

678538

CRIST. A la morena?

COR. Pues. ¡Qué gracia de muchacha! ¡Qué hermosura! Qué bizarría!

CRIST. Y olvidó usted á la otra?....

COR. Olvidarla? Nada de eso. Así se olvida á una criatura como aquella? Qué quiere usted! A las dos las idolatro; y no se en qué ha de parar esto. ¡Que me haya dado Dios un corazon tan tierno, tan sensible! Yo voy á ser el hombre más desgraciado del universo.

CRIST. (*Sonriendo.*) Sí... A menos que se presente una tercera...

ESCENA II.

DICHOS *y* EULALIA.

COR. Ah!

CRIST. Qué hay de nuevo, señorita?

COR. (*Aparte con D. Cristóbal.*) ¡Señorita la llama usted!

CRIST. Si es doncella! Y criatura: ella dice que tiene cuarenta años.

COR. Su cara anuncia sesenta.

CRIS. Pues ahí donde usted la ve, aún presume de buena moza... y de discreta, juiciosa y recatada.

COR. En cuanto á eso, bien se la puede creer sobre su palabra.

CRIST. Conque, señora Eulalia...

EUL. Ya me iba á retirar.—El polvorista está en el jardin, y el botillero pregunta á qué hora ha de traer el refresco.

CRIST. Cuando venga la orquesta; de ocho á nueve. Ah! señora Eulalia, así que hayan llegado mis hijos, envíemelos usted.

EUL. Será usted servido.

ESCENA III.

DON CRISTÓBAL, *y el* CORONEL.

COR. Usted me ha de perdonar que le haya molestado. Parece que se ocupa usted en los preparativos de una fiesta.

CRIST. Sí, señor. Se trata de celebrar una boda.

COR. Hola! Se casa alguno de sus hijos de usted?

CRIST. No, señor. Quien se casa... No lo adivina usted?

COR. Calla! Vuelve usted á entrar en la cofradía?

CRIST. Sí, señor: me he casado de segundas nupcias. He venido hace pocas horas de mi casa de campo, y espero esta tarde á mi mujer. Esta es la causa de tener hoy cerrado mi escritorio.

COR. Mi amigo D. Cristóbal, doy á usted la más cordial enhorabuena. Supongo que será jóven la nueva consorte; porque si no, más valdria darle á usted el pésame.

CRIST. Va á cumplir veintidos años.

COR. (¡Demonio de viejo!) ¿Pues no ha dicho usted mil veces que no se casaria por no disgustar á sus hijos?

CRIST. Señor coronel hay circunstancias extraordinarias.. Sin embargo, están muy léjos de aprobar mi boda. Como que no ha habido fuerzas humanas para que asistan á la ceremonia, y aún están como refugiados en casa de su tia.

COR. Tambien es mucha sinrazon.

CRIST. Hasta el ama de gobierno.., esa bruja que acaba usted de ver, me ha declarado la guerra.

COR. Yo lo creo. Una ama de gobierno! Qué ha de hacer, si viene á destronarla?

CRIST. Y por qué no acaba usted de decirlo? Casarse de nuevo á mi edad es una extravagancia, una temeridad. No es cierto?

COR. No; no digo yo tal cosa.

CRIST. Lo piensa usted á lo ménos.

COR. ¡Qué disparate! Cada uno es libre... Sobre todo, cuando lo hace de su cuenta y riesgo.

CRIST. Tiene usted razon. Pero apostemos algo á que en mi lugar no le hubiera á usted arredrado el peligro.

COR. Tal vez... Y qué tal? Es bonita?

CRIS. Más que bonita. Es un ángel á quien debo la vida y el honor. Verá usted: nació en Veracruz, hija de un español amigo mio que ejercia el comercio en aquella plaza. Murió su padre, que era ya viudo, hace más de trece años, y la dejó encomendada á mi tutela. Vino la chica; fuí para ella un segundo padre: tuve la fortuna de prestarle algunos beneficios, y de hacer efectivo todo su caudal, que estaba muy expuesto en aquellas colonias. Despues ha residido en Pamplona con un primo hermano suyo casado y establecido allí.

COR. ¿En Pamplona ha dicho usted?

CRIST. Sí señor: pero qué...

COR. Nada... Allí es donde he conocido á mi segunda querida. ¡Oh dulces memorias.... Perdone usted, y prosiga.

CRIST. Habrá unos seis meses que por los azares propios del comercio me vi amenazado de una bancarota. Decidido á no sobrevivir á mi deshonor, hago alejar de Madrid á mi hija, envio á mi hijo mayor á casa de un corresponsal mio, y pasado algun tiempo, ya iba á ejecutar mi fatal designio, cuando veo de improviso á mi jóven americana, que venia instruidá de mi desgracia. Le debo á usted mi fortuna, me dijo: vengo á ofrecérsela para conservar la suya.

COR. Es posible!

CRIST. Le veo á usted conmovido como yo al oir tan extraordinario rasgo de generosidad. En cuanto á mi respuesta, fácil es adivinarla. Viendo mi resistencia, bien! continuó: si mi tutor, si mi amigo rehusa mis ofertas, mi esposo las debe aceptar. Juzgue usted cuál sería mi sorpresa. Me confesó que me amaba: que mis desvelos paternales, mi ternura me habian grangeado su corazon desde la infancia; y que extranjera en España, sería muy feliz teniendo en mí un apoyo, un amigo. Vamos claros: yo no me creia menos dichoso en merecer su amor. Me dejé persuadir, le di mi mano, y desde aquel momento me tengo por el más dichoso de los hombres. Supongo que ya me juzgará usted con menos prevencion.

COR. Oh! Sí, señor. Admirable criolla! Me decido por usted desde ahora..., y sobre todo por ella. Espero que tendrá usted la bondad de ponerme á sus piés..

CRIST. Sí señor; hoy mismo si usted quiere, y más teniendo prevenido un modesto *gaudeamus* para celebrar su llegada. Vaya, desde ahora dése usted por convidado.

COR. Oh! no quisiera...

CRIS. Tendré mucho gusto en presentarle á usted á mi familia, que todavía le es desconocida. Verá usted cómo le hacemos olvidar sus penas.

COR. Sí, sí: dice usted muy bien. Cuando uno tiene penas... Y yo que me muero por bailar!. . Acepto, acepto el convite. Ahora me permitirá usted una visita indispensable. Dentro de muy poco me tiene usted de vuelta. Ah mi querido D. Cristóbal! cuándo podré yo tambien convidarle á usted á la fiesta de mi boda?

CRIST. Con la morena?

COR. Sí, sí... Con la rubia. (*Vase.*)

CRIS. Hombre más amable y mas tarambana, no le hay.

ESCENA IV.

D. CRISTÓBAL, CÁRLOS, MATILDE, TOMASITO *y* EULALIA.

EUL. Señor, aquí tiene usted á sus hijos.

CRIST. Ah rebeldes!... Acercáos, no temais. Cárlos, tú no

sueles presentarte á mí de ese modo. No tienes gusto en verme?

CAR. Yo? Sí, señor, sí tengo...

CRIST. Vamos; y tu no me abrazas, Matilde?

MAT. Papá!...

CRIST. (*A Tomasito que se oculta detrás de Matilde.*) Calla! Ahí estás tú tambien? Yo te hacía en el colegio.

TOM. No, señor: he salido...

CRIST. Por hoy... me alegro de tenerte en mi compañía. Ahora bien, hijos mios; mucho motivo tengo para quejarme de vosotros. Ingratos! No haber asistido á mi casamiento! qué desobediencia! qué ultraje! (*Los hijos hacen un movimiento de temor*) Pero vuelvo á decir que nada temais. Vuestra madre política ha intercedido por vosotros.

EUL. (¡Interceder una madrastra por los hijos de su marido!... Cosa rara!)

CRIST. Aún no pára en eso. Cárlos, en mi casa de campo hay un caballo para tí. Debiste haber ido á buscarle..., pero te le traerán.

CÁRL. Qué oigo! ¿Há tenido usted la bondad...

CRIST. No; no es cosa mia. Es un regalo que te hace mi esposa.

CÁR. (Ella!... No se lo agradezco.)

CRIST. Tomasito. (*Le da un reloj.*)

TOM. Un reloj! y de repeticion!

CRIST. Tu madre política queria que le hubieses recibido de su mano; pero como no habeis parecido..., te lo doy yo.

TOM. Mi madre política dice usted?... Pues... No importa: lo recibo.

CRIST. Matilde, no me he olvidado de tí. Hace tiempo que has manifestado á tu tia doña Secundina el deseo de tener una compañera, una amiga... Te vamos á dar este gusto. Hoy mismo debe llegar segun me escriben, Carlotita Oñate, huérfana virtuosa y amable, con cuyos padres tuve estrechas relaciones de amistad.

MAT. Cuánto lo agradezco! Nunca cómo ahora he necesitado una amiga. Recibiré á Carlotita con los brazos abiertos... (*A Eulalia.*) Porque este regalo á lo menos no viene...

CRIS. De mi mujer, eh? Mire usted que es mucha antipatía!

EUL. Bien se lo tengo á usted pronosticado.

CRIST. Eh! Déjeme usted en paz... Vamos, basta ya de rebeldia. Preparáos á recibir á mi mujer como debeis. Yo os lo ruego..., y si es necesario, os lo mando.

EUL. Pero, señor...

CRIST. Señora Eulalia! Hágame usted el favor de tener prudencia.

ESCENA V.

DICHOS *menos* DON CRISTÓBAL.

CÁR. Os lo mando. Esta es la primera vez que nos habla así.

EUL. Pobres criaturas! Cómo se conoce que ya teneis madrastra!

MAT. Con todo yo temí que nos riñese más.

EUL. Por qué? Porque no han querido ustedes asistir á la ceremonia! No les estaba á ustedes bien el hacerlo. Yo no soy más que una ama de gobierno, y si D. Cristóbal me hubiera mandado ir al campo...

TOM. Hubiera usted ido.

EUL. No por cierto,

TOM. Ande usted! Dónde hay cosa como una boda? Y más para los golosos.

EUL. Señorito, á usted es fácil sobornarle; no á mí.

TOM. Lo dice usted por la repeticion? Yo la he recibido de mi padre, y no de mi madrastra. Un reloj es cosa muy útil á mi edad. Sobre todo cuando empieza uno á tener citas.

EUL. Pues, citas! Si tiene usted algunas en adelante será en el colegio con el maestro de griego.

TOM. Qué! Será capaz de enviarme al colegio mi madrastra?

EUL. No tendrá usted cosa más segura.

TOM. Eso sí que sería arbitrariedad, despotismo! A mí, que he concluido ya las humanidades.

EUL. Sí; vaya usted á hablar de humanidad á una madrastra.

CÁR. Cuánto os compadezco, mis queridos hermanos! Lo que es yo poco tiempo estaré aquí.

MAT. Si supiera papá que has sentado plaza, y que mañana debes partir...

CÁR. Partiré, pero ¡qué buena carta le voy á dejar escrita! En ella verá el cariño que tenemos á nuestra madre política.

EUL. Pero está usted decidido?

CÁR. Sí, señora. Mi padre podria perdonarme mis deudas, mis calaveradas, á no estar esa mujer de por medio. Ya no hay esperanza: soy soldado.

EUL. Y todo por una intrusa!

MAT. Yo debo aborrecerla mas que nadie. Mil veces me habreis oido hablar de aquel comandante que me hizo la córte cuando estuve con la tia en Logroño.

EUL. Vamos, y qué?

MAT. Verá usted: poco tiempo despues de mi vuelta á Madrid, pasó á Pamplona. Allí, mi tia Secundina lo ha averiguado, allí se enamoró ciegamente de una señorita, y la tal señorita es nuestra madre política.

EUL. De veras? Qué infamia!

MAT. Qué ganas tengo de que venga esa Carlota... para que me consuele!

EUL. Si, justo es desahogarse.

TOM. Apostaria mi repeticion á que es muy fea esa mujer.

CÁR. Así..., magra..., roma..., pelo crespo...

MAT. No. Yo me la figuro gordota y tierna de ojos.

TOM. Aguardad. Ella ha nacido en América... Si será mulata?

EUL. Lo que hay de positivo es que ella no es buena. Y don Cristóbal quiere que ustedes le pongan buena cara, la agasajen...

CÁR. Agasajarla? Eso no!

TOM. Qué venga, que venga!

MAT. Lo que es yo, no acertaré á decirle una palabra como no sea para quemarle la sangre.

EUL. Eso! Eso! Pero un coche pára á la puerta... Será algun convidado á la fiesta. (*Se asoma á al balcon.*)

CÁR. No, que descargan baules..., cajas... Alguno que viene de camino.

MAT. Si será la madrastra?

CÁR. No. Es una señorita jóven...

MAT. (*Alegre.*) Carlota! Carlota!

CÁR. No hay duda. Qué bonito cuerpo!

TOM. Qué lindos ojos!

CÁR. Voy corriendo á recibirla.

TOM. Yo tambien. Aguarda: me pondré los guantes.

CÁR. Quitate allá! tambien él quiere festejar á las damas! (*Vase corriendo*).

TOM. Y por qué no? Como el más pintado: porque mi hermano es militar piensa que él sólo ha de ser galante.

EUL. Galante! Antes de ser galante necesita usted algunos años más de colegio.

TOM. Pues! No saben hablar más que del colegio. Ya sé latin y taquigrafía. Bailo bien, toco el piano, soy buen mozo, quiero á las muchachas..., y empiezo á agradarlas un poco. Qué más me resta?.....

ESCENA VI.

DICHOS, y ELISA.

Cárlos vuelve acompañándola. Tomasito la sale al encuentro, le toma el sombrerillo de camino y lo pone sobre la mesa.

ELISA. (*A Cárlos*). Mil gracias, caballero.
CÁR. (*Aparte á Matilde*). Carlota es; bien decias : lo he conocido en cierto encogimiento que ha manifestado al oir que padre no está en casa.—Señorita, no tenga usted cortedad. Somos hijos de don Cristóbal: este es Tomasito; esta es Matilde.....
MAT. Que la esperaba á usted con impaciencia.
ELISA. Y esta será la señora Eulalia. Doncella muy respetable!
EULA. (Que bien habla de mí!) Hechicera jóven!
ELISA. Al señor don Cárlos le he reconocido al momento. Me han hablado tantas veces de toda la familia!...
MAT. Sí?
ELISA. Deseaba mucho conocer á usted, Matildita.
MAT. Y yo á usted. Ah! Cuánta necesidad tenia yo de una amiga!
TOM. Sí; porque en la opresion, en la tiranía que sufrimos.....
MAT. Es algun consuelo el tener un aliado más.
ELISA. Tiranía! Pues ¿acaso.....
MAT. No le han dicho á usted todavía que tenemos una madre política?
ELISA. Ah!... Sí, una madre política.
EUL. Diga usted una madrastra.
ELISA. Mala mujer; verdad?
MAT. Una intrigante que viene á ponernos en guerra.
EUL. Sí; á atizar la tea de la discordia.
MAT. Una egoista que quiere ser amada ella sola.
ELISA. Habrá picardía!
TOM. Una individua... que da malos consejos á mi padre.
ELISA. Eso más?
TOM. Sí; pero nosotros la aborreceremos.
ELISA. Oh! Yo tambien. Tales cosas me han dicho ustedes de ella, que ya la odio... sin más forma de proceso.
MAT. Ah que delicia! (*La abraza y besa*). Abráceme usted. Otro beso!—Otro!
EUL. Bien, bien! ¡Si lo dije que al momento nos pondríamos todos de acuerdo contra el enemigo comun! Yo he sido quien ha formado la liga; porque, ellos?... Ni pensaban en semejante cosa.
ELISA. Debe haber motivos muy graves, eh? Cosas...
TOM. Cosas..... que estremecen.
ELISA. Qué! ¿Ustedes la juzgan capaz.....
EUL. Capaz de todo lo malo. Por de pronto, ya le ha quitado un amante á la señorita.
ELISA. (Don Enrique sin duda). Un amante! Y quién es? Por que dicen que su madre política de ustedes tenia algunos adoradores.
EUL. Algunos adoradores! Usted es demasiado buena. Ahí tiene usted tambien al pobre don Carlos, al hijo mayor de don Cristóbal, que no atreviéndose á confesarle sus travesurillas, ha sentado plaza el infeliz, y sale mañana para Pamplona con su regimiento.
CÁR. Señora Eulalia!.....
TOM. ¿Y yo, que esperaba quedarme en casa con un preceptor, y me hará volver al colegio? Nunca se lo perdonaré. Cuando usted llegó estábamos conspirando.
ELISA. Conspiracion, eh? Bueno! Yo tambien quiero entrar en ella.
CÁR. Sí, sí. Usted tambien, Carlotita.
ELISA. (Ya caigo. Me equivocan con la jóven que esperaban).
EUL. No hay remedio! Ella ó yo hemos de saltar de casa.
ELISA. (*Sonriéndose*). Oh! eso es muy justo.
MAT. Mi padre se ha empeñado en que asista yo al baile. Bien, asistiré; pero voy á estar triste, fastidiosa... ¡Cuando yo hable una palabra en toda la noche...
ELISA. Bien hecho: así le castiga usted.
CÁR. Pues yo tengo delirio por el baile; pero no me he de mover de una silla en toda la noche. No hay ningun artículo de las ordenanzas que mande bailar á los reclutas.
ELISA. Perfectamente! No bailemos ninguno.
EUL. Eso es! Todos á una y venceremos. (*Hablan entre sí*).
TOM. (Oh! qué idea! Los fuegos artificiales que tiene mi padre dispuestos para obsequiar á esa tía... No fuera malo... Sí, Sí. Buen chasco se van á llevar!) (*Vase corriendo*).
MAT. Chist! que viene papá.

ESCENA VII.

DICHOS, DON CRISTÓBAL.

EUL. Yo, la voy á presentar. (*A don Cristóbal*). Aquí tiene usted á la señorita...
CRIST. Qué veo! (*Corre á abrazarla*).
EUL. Eh! Qué hace usted?
CRIST. Esa es otra! ¿No puedo yo.....
EUL. Pero, ¿qué familiaridad...
CRIST. La de un marido.
EUL. (Gran Dios!)
MAT. Qué oigo!
CÁR. (Somos perdidos!)
CRIST. Qué terror universal es ese porque abrazo á mi mujer?
MAT. Infelices de nosotros! Ya sabe nuestros secretos.
CÁR. Qué imprudencia la nuestra!
EUL. Qué traicion la suya!
ELISA. Qué has hecho, querido! Descubrir mi trama!
CRIST. Pero nò comprendo...
EUL. Eso no se hace entre cristianos, señora.
ELISA. Dice usted bien. Qué horror! Ingerirse en una junta privada! Sorprender los secretos de ustedes! Se ha visto perfidia como ella? Dueño mio, yo he llegado aquí, sola, desconocida. Ya me habia granjeado la amistad de tus hijos, y, lo que es más, la de la señora Eulalia; pero tu indiscrecion lo ha echado todo á perder.
EUL. Señora, yo nada temo. Estoy tranquila, y repito lo que dije antes: que aborrezco...
ELISA. A las mujeres que vienen á atizar la tea de la discordia.
EUL. Y mucho!
CRIST. Señora Eulalia!
CÁR. Si usted no se hubiera presentado bajo un nombre supuesto.....
ELISA. Yo, pobre de mí? Ustedes me le han dado.
MAT. Sí; pero usted nos debió desengañar... Y yo que la he besado!
ELISA. Vamos, no olviden ustedes que me han prometido su amistad. Cárlos, yo pienso bailar, y me ha de hacer usted el obsequio de ser mi pareja. En cuanto á usted, señora Eulalia, le recomiendo la resignacion. Tranquilícense ustedes todos, y cuenten con mi prudencia. La terrible madrastra no sabrá nunca los secretos confiados á Carlota.
MAT. Adios, señora... (Lloraré de rabia.) (*Vase.*)
CÁR. Tambien yò me retiro. Tenga usted presente, padre mio, que usted va á ser causa de nuestro infortunio.
EUL. Ah señor D. Cristobal! Yo preveo cosas desastrosas No puedo permanecer más en esta casa... porque tengo honor. (*Vase.*)

CRIST. Eh! Buen provecho le haga á usted su honor. Quién piensaen quitárselo? ¡Si no mirara...
ELISA. Sosiégate, Cristóbal, que entra una visita.

ESCENA VIII.

DICHOS, *y el* CORONEL.

CRIST. Oh! Nuestro amable coronel. Me alegro: la presencia de usted va á disipar mi mal humor.
COR. Ya ve usted si soy puntual, amigo mio... Ah! Qué veo! (*En voz baja.*) Esa señorita...
CRIST. Qué tenemos?
COR. Es una...; la de Pamplona.
ELISA. (*Saludando.*) Señor don Enrique! (*A D. Cristóbal.*) Conoces tú al señor?
CRIST. Si, hace cosa de un mes, desde que vine á Madrid.
COR. (*Aparte á D. Cristóbal.*) Le tutea á usted?
CRIST. Sí tal, y oirá usted el porqué. (*La coge y la presenta de la mano*) Señor coronel, tengo el honor de presentar á usted mi esposa.
COR. Su esposa de usted?
CRIST. Sí, señor: y una vez que usted la conoce, con más motivo me dispensará de acompañarle. Tengo que salir precisamente á unas diligencias.
ELISA. No se te olvide decir á tu hijo que tendré mucho gusto en bailar con él la primera contradanza.
CRIST. La segunda será, hija mia; que la primera nadie se la disputa al novio.Qué tal, señor coronel? Por ese palmito vuelvo á ser danzante al cabo de mis años.
COR. (No sé si me ahorque... ó me ria.)
CRIST. Oiga usted, mi coronel!.. Aténgase usted ahora á la otra..., á la rubia. (*Se va riendo.*)

ESCENA IX.

EL CORONEL *y* ELISA.

COR. (Pues no se va riendo de mí?)
ELISA. Conque usted conoce á mi marido, señor don Enrique?
COR. Sí, señora, mucho. (El diablo me lleve si no está más hermosa ahora que cuando soltera.)
ELISA. Qué tiene usted, que me mira tan agitado?
COR. Placer y dolor á un tiempo: placer de verla á usted... y dolor de verla ajena. Fatal himeneo que aviva mi llama, y aumenta los hechizos de usted!
ELISA. (*Sonriéndose.*) Aún piensa usted en eso?
COR. Es muy natural que usted se asombre de mi constancia, usted que me ha olvidado; usted que unida á otro...
ELISA. Eh! No hablemos de lo pasado. Circunstancias que usted ignora...
COR. Elisa, todo lo sé. La gratitud ha podido más que el amor: ha sacrificado usted á un infeliz por salvar á otro. Pero, ¿piensa usted que se olvidan así como quiera tantos encantos... y tan dulces esperanzas? Porque usted me amaba..., sí, señora; usted me amaba. Yo sorprendí en esos ojos una ventura...
ELISA. Que usted creyó ver.
COR. Que ví, señora. Pues ¡poco práctico soy yo para no comprender... Por cierto que estaba usted muy conmovida.
ELISA. No lo niego: veia con pesar una pasion que entonces era locura... y ahora mereceria otro nombre.
COR. Paciencia! Será preciso alejarme de usted. Y en qué ocasion! Cuando esperaba... Qué fatalidad! Desde que me han dado los tres galones no he cesado de importunar al ministro mi pariente para que se destine mi regimiento á Pamplona, y mañana iba á partir ansioso de ver á usted.
ELISA. Mañana... á Pamplona? ¿Sale mañana de Madrid algun otro regimiento además del de usted?
COR. No, señora.
ELISA. (Pues este debe de ser el coronel de Cárlos.)
COR. Adios, señora. Supuesto que usted me destierra, y no he de verla más... Ah qué desgraciado soy! (*Se aleja.*)
ELISA. Coronel?
COR. (*Vuelve rápidamente.*) Me ha llamado usted?
ELISA. Sí, señor. Me parece que por hoy á lo menos puede usted hacernos compañía.
COR. Y cómo, si no puedo ver á usted sin amarla?
ELISA. Siendo así, no debo insistir en que usted se quede, y lo siento, porque iba á pedirle á usted un favor.
COR. A mí? Hable usted: yo corro, yo vuelo... Qué quiere usted que haga?
ELISA. Si como pienso sentó plaza ayer en su regimiento de usted un jóven llamado Cárlos...
COR. En efecto, sí, señora, un bizarro jóven segun me ha dicho el mayor, porque yo no le he visto todavía.
ELISA. Pues deseo que me entregue usted su licencia.
COR. Al momento. Por fortuna aún no se ha dado parte á la superioridad.
ELISA. Tambien quisiera que le diesen colocacion en hacienda. Aquí tengo el memorial... Se trata de un empleo subalterno. El muchacho es despejado, y ya ha contraido algunos méritos. Usted tiene influjo...; pero esto es molestar á usted demasiado.
COR. No, no: venga el memorial. Ahora mismo voy á empeñarme con mi tio: confio en su cariño, aún más que en mi crédito.
ELISA. Cuánto me alegraré de que consiga usted una respuesta favorable!
COR. Y yo seré muy dichoso... Pero me permite usted que se la traiga yo mismo?
ELISA. Sí, sí.
CÁR. (*A la puerta.*) (Un jóven? (*Saliendo y viendo ál coronel.*) Un militar desconocido! qué viene á ser esto?) (*Se oculta y se asoma de cuando en cuando.*)
COR. Pero... la amorosa correspondencia que imploro...
ELISA. Ya veo que usted quiere poner precio á sus favores.
COR. No, señora; pero...
ELISA. Y en rigor necesita usted recompensa.
COR. Qué oigo! Hay hombre más venturoso?
ELISA, Mejor sería que usted no la pidiera; pero yo se la ofrezco.
COR. Me lo jura usted?
ELISA. Basta mi palabra.
COR. Sí, pero mi delirio...
ELISA. Qué! quiere usted la paga anticipada?
COR. No, no: fio en la palabra de usted.
ELISA. Bien, nos verémos al anochecer, antes que empiece el baile.
COR. Al anochecer?
ELISA. Sí: no se le olvide á usted.
COR. Aquí?
ELISA. Aquí.

ESCENA X.

EL CORONEL, *y luego* CÁRLOS.

COR. (Esto es hecho! me corresponde, me adora.) (*Acercándose á la mesa.*) (Aquí mismo puedo ejecutar de una plumada la mitad de sus órdenes.) (*Se pone á escribir.*)
CÁR. (*Sale.*) (Si no lo hubiera oido no lo creeria. ¡Y he de sufrir yo... No, eso no! Aunque aborrezco á mi madrastra, su honor es ya el de mi padre..., el mio.)
COR. (*Acabando y cerrando la carta.*) Y don Cirstóbal que se reia de mí... Pobre banquero!, consuélate con los fondos de tu caja, que lo que es en amor..., pronto vas á hacer

bancarota. Ah! (*Al salir repara en Cárlos.*) Perdone usted, caballerito. Es usted de la casa?

CÁR. Sí, señor.

COR. Quiere usted hacerme la fineza de entregar esta carta á mi señora doña Elisa?

CÁR. (Esto ya es demasiado.) (*La toma.*) Con mucho gusto; pero en cambio me ha de hacer usted á mí otro favor. (*Con ademan de amenaza.*) Tengo que decir á usted una palabra.

COR. Una palabra, eh? Dígala usted; pero una sóla, porque tengo prisa.

CÁR. Breve seré; que no es aquí donde nos hemos de explicar. Sírvase usted decirme su nombre y las señas de su casa.

COR. (*Colérico.*) A qué fin?

CÁR. (*Idem.*) Su nombre de usted.

COR. Enrique Bermudez, coronel de caballería.

CÁR. (Oh cielo! Qué voy á hacer? mi coronel!)

COR. No pierda usted tiempo, porque mañana parto para Pamplona.

CÁR. (Qué importa? Así como así, estoy desesperado.... Yo no soy hombre de volverme atras.) Luego nos verémos. (*Vase.*)

COR. Bravo! Un amante por un lado, un marido por otro... El lance es peliagudo. Eh! pecho al agua! Cuanto más árdua la empresa, más digna de mí. Los ojos de Elisa redoblan mi valor; y ojos tan hermosos son capaces de inspirárselo al más cobarde. (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA SALA.

ESCENA PRIMERA.

DON CRISTÓBAL *y* CÁRLOS.

CÁR. (Esto es lo más prudente para evitar un escándalo.)

CRIST. Vamos, qué quieres, que me has llamado aquí con tanto misterio?

CÁR. Ese coronel que ha estado hoy en casa...

CRIST. Calla! Le conoces tú tambien?

CÁR. Sí señor, y mucho.

CRIST. Gallardo jóven y hombre de honor.

CÁR. (Qué necia confianza!) Sí, será un santo..., pero le aconsejo á usted que no vuelva á recibirle en su casa.

CRIST. Por qué motivo?

CÁR. Por motivos que ya no puedo ocultar á usted. Yo esperaba por mí solo y sin que usted supiera nada... Pero obstáculos muy poderosos... que yo no habia previsto.

CRIST. Qué jerigonza es esa que no entiendo? Tú estás alterado, inquieto... Qué ha sucedido?

CÁR. Parece que ese caballero conoció antes de ahora á mi madre política.

CRIST. La ha conocido, sí. Y qué tenemos con eso?

CÁR. Ha sido su amante...

CRIST. Lo sé. Qué más?

CÁR. Qué más! Y si lo fuese todavía? Si osara ¿requebrarla... Si esta carta encerrase la prueba de su culpable amor?

CRIST. Será posible!

CÁR. Sí, padre mio. Vea usted si me inquietaba yo sin fundamento. Ahora puede usted convencerse de la verdad por sí mismo. (*Le da la carta.*)

CRIST. Con efecto. (*Leyendo el sobre.*) «A mi Sra. D.ª Elisa Gomez de Escalona.» (*Toca la campanilla y sale un criado.*)

CÁR. Yo siento en el alma dar á usted esta pesadumbre; pero aún sería peor si por consideraciones mal entendidas...

CRIST. (*Al criado.*) Toma: lleva esta carta á mi mujer (*Vase el criado.*)

CÁR. Qué hace usted, padre! Le envia usted la carta?

CRIST. Cárlos, yo creo en el fondo de mi alma que aún existen virtudes sobre la tierra. Hasta ahora no tiene mi mujer derecho para engañarme; y tanto la estimo, que mereceria yo su traicion si fuese capaz de imaginarla.

CÁR. No pueden ser fundadas mis sospechas? El coronel es correspondido. Hoy... al anochecer... una cita...

CRIST. Basta ya, mala lengua! No creyera que llegase á tal extremo tu ojeriza.

CÁR. Qué! Usted me acusa de calumniador? Pues bien; no crea usted que la acrimino por meras conjeturas. Cuanto acabo de afirmar lo he visto, lo he oido. Lo juro, lo juro por mi honor.

CRIST Oh cielo!

CÁR. Si usted quiere, puedo hacerle testigo de la cita.

CRIST. Escucha: yo adoro á mi mujer .. y la respeto. Tener audacia para poner en duda su fidelidad es un crímen que no me perdonaria á mí mismo...; mucho menos á nadie de este mundo. Pero quiero confundirte. Acepto lo que me propones... y acuérdate bien de lo que voy á decirte. Si son injustas tus sospechas, si me engañas..., te echo de mi casa, y jamás te vuelvo á ver.

CÁR. A todo me comprometo.

ESCENA II.

DICHOS, *y* TOMASITO.

TOM. Cárlos! Cárlos!

CRIST. Qué quieres tú?

TOM. Nada... Creí que mi hermano... Ah! papá, tengo que comunicar á usted un proyecto...

CRIST. En otra ocasion. Déjame ahora. (*A Cárlos.*) A ver cómo cumples tu palabra. Yo no faltaré á la mia. (*Vase.*)

TOM. Qué es eso, Cárlos? Dime tú...

CÁR. Más tarde. Tengo que hacer.

ESCENA III.

TOMASITO.

TOM. Pues me gusta! Ninguno de los dos me ha querido responder. Qué pocas consideraciones me guardan en esta casa! Aunque fuera yo un chiquillo... Vaya! Despues que me he estado dos horas en el jardin desatando cohetes, desportillando ruedas y regando soles... Y á todo esto, en qué estado se hallará la conspiracion? Yo deseo mucho que surta buen efecto, por el interés general... y por el mio en particular, porque una vez quitada de enmedio la madrastra..., si Carlota me corresponde, yo pienso casarme con ella. Ah! por allí viene. Qué hermosa!

ESCENA IV.

ELISA *y* TOMASITO.

ELISA. Hermosa, eh? Le gusto á usted?

TOM. Oh! muchísimo. Más que mi repeticion. Y ha de saber usted que la quiero desde esta siesta..., desde que entró usted en nuestro partido...

ELISA. (Hola! Parece que este aún me tiene por Carlota. Vamos, me queda un aliado)

TOM. Dígame usted, en qué altura nos hallamos?

ELISA. Ya ha venido la madrastra y su situacion en este momento es algo climatérica.

TOM. Con que ya empieza á verse apuradilla? Mejor: así no pensará en mí, y no me enviará al colegio.

ELISA. Le fastidia á usted segun eso?

TOM. Ay! Hasta no más. Y ahora más que nunca; porque

desde que ha venido usted á casa, me sabe mucho mejor el estar en ella.

ELISA. De véras?

TOM. Como usted lo oye. A mi edad.., que voy á entrar en los quince, ya hace uno su papelito en el mundo. En las fiestas, en los bailes su busca un hombre se poco de trapicheo... Estamos?

ELISA. Ya habrá usted elegido...

TOM. Todavía no. Estaba dudoso entre Rosita, la hija del administrador y mi prima Luisita. Pero desde que la conozco á usted, no vacilo. Quiere usted que bailemos juntos esta noche la primera contradanza?

ELISA. Es imposible! Estoy comprometida.

TOM. Y con quién?

ELISA Con su hermano de usted Cárlos.

TOM. Me lo estaba temiendo! Todo lo quiere para él... Pero Cárlos se va á marchar con su regimiento... Yo seré su sucesor. Si? Mire usted dentro de algun tiempo será forzoso tratar de establecerme... y en diciendole yo á mi padre que amo á Carlotita, y que quiero casarme con ella...

ELISA. Conmigo! Qué dice usted?

TOM. Pues qué! ¿ha de tomar á mal mi padre que yo la ame á usted y la pida en matrimonio?

ELISA. No por cierto. Él menos que ninguno. Pero se cruzarán probablemente otros obstáculos...

TOM. Ya entiendo. Mi madrastra será la que no quiera dar su consentimiento.

ELIS. Justamente.

TOM. Buen Dios! Las madrastras!!! Para eso sirven ellas! Pero tranquilícese usted. Soy su enemigo mortal. Por vía de ensayo acabo de dar al traste con los fuegos artificiales. No ha quedado títere con cabeza.

ELISA. Eso es mal hecho, Tomasito

TOM. Dios mio! Es usted por casualidad aficionada á las fiestas de pólvora? Cómo ha de ser! Ya no hay remedio .. Pero deje usted; harémos otra expresamente para usted, que bien lo merece esa carita.—Mi hermana! A lo mejor viene á estorbar esa mona.

ESCENA V.

DICHOS *y* MATILDE.

TOM. Ven, ven Matilde... Aguarda! Estás llorando? Y en un dia de baile! Qué tonta! No ves que se te van á hinchar los ojos?

MAT. Eso no te importa.

TOM. Bueno! Peor para tí, que te pondrás fea!

MAT. Tomasito, déjanos solas un momento.

TOM. Eso es! tú tambien me echas con cajas destempladas? Mi hermano pase, porque á cachetes sacaria yo mal escote con él, pero no me dejo yo dominar por una muñeca.

MAT. (*Impaciente.*) Muñeca, ó no, vete.

TOM. No me voy, ea! Yo he de tener parte en la conjuracion.

MAT. Qué porfía!

TOM. Sí; ya sé yo lo que sucederá. Ahora no os conviene por lo visto que yo sea cómplice; pero si hay vapuleo, lo seré: no es esto? Pues yo quiero estar a las crudas y á las maduras como todos.

ELISA. (*Con dulzura.*) Tomasito, no sea usted temerario. Vamos, querido; le ruego á usted que nos deje solas un rato. Quiere usted darme este gusto?

TOM. Volando, volando me voy, Carlotita. Me ha dicho usted querido con una voz tan dulce!... Oh! y por otra parte, es preciso tener un poco de consideracion. Las señoritas siempre tienen secretillos que decirse... y en semejantes casos los caballeros estorbamos. (*A Matilde.*) Vamos, respira, ya te dejo. Qué niña es mi hermana! echarse á llorar por nada! (*Bajo á Elisa.*) Me dirá usted su secreto: no es verdad? Hasta luego. (*Besa la mano á Elisa.*)

ESCENA VI.

MATILDE *y* ELISA.

ELISA. Conque vamos, mi querida Matilde... Ah! Perdone usted, señorita. Usted deseaba hablarme...

MAT. Sí, señora. (*Llorosa.*)

ELISA. Lágrimas..., sollozos... Qué significa eso? No sé si le inspiro á usted bastante confianza; pero si puedo hacerle algun favor....

MAT. Yo soy quien vengo á hacérselo á usted.... aunque no tengo ningun motivo para amarla; todo lo contrario. Pero está comprometido el honor de mi padre; corre peligro la vida de mi hermano.., y no he vacilado.

ELISA. Explíquese usted. (*Va oscureciendo.*)

MAT. Hábleme usted con franqueza. ¿No es cierto que aquí mismo... dentro de poco... va usted á recibir en secreto á un coronel jóven.., á don Enrique Bermudez?

ELISA. Sí, señora. Es caballero sumamente amable.

MAT. (Oh cielo! conque es verdad?) Pues bien, señora, mi hermano Cárlos que lo ha sabido... no sé cómo..., tal vez porque se lo habrá dicho el mismo coronel, porque los hombres, son tan imprudentes, tan perversos.... Sobre todo don Enrique.

ELISA. Acabe usted.

MAT. En fin, mi hermano Cárlos se lo ha dicho en confianza á la señora Eulalia: la señora Eulalia me lo ha revelado á mí...

ELISA. Para que se vea con qué rapidez se esparcen las buenas noticias!

MAT. Yo habia jurado como ellos la perdicion de usted; pero no he tenido corazon para cumplir mi promesa; y sin decirles una palabra vengo á prevenirla á usted reservadamente.

ELISA Esa es una accion muy generosa, Matilde; muy laudable; y nunca olvidaré yo tan insigne prueba de amistad.

MAT. Créame usted, señora. No reciba usted al coronel. Despídale usted como merece: yo se lo suplico.

ELISA. Y por qué motivo le he de hacer ese desaire?

MAT. Por qué motivo? Y usted me lo pregunta! Todo el mundo sabe lo que pasa. Mi padre mismo está ya informado de todo..., y nunca le he visto más furioso.

ELISA. Qué dice usted! ¿Será posible que sospeche mi marido...

MAT. A usted no se le deben ocultar los pesares, las desgracias que va á producir semejante campanada. Con una sola palabra puede usted conjurar la tempestad que á todos nos amenaza: con decir al coronel que no quiere usted verle, que es un infiel, que es un pérfido, un seductor..., que le aborrece usted... Y no será sin razon..! Usted dirá que me exalto demasiado; pero...

ELISA. No por cierto.

MAT. Créame usted, ó no me crea, por su bien de usted lo hago únicamente.

ELISA. Por mi bien, y habia usted jurado mi perdicion! Es cosa muy singular. Yo casi creia que eran otras las intenciones de usted. Creia... Pero Dios me libre de semejante pensamiento. Mejor quiero suponer que en el gran servicio que usted me hace no tienen parte el interés personal, ni el amor ni los celos...

MAT. Cómo, señora! ¿Usted puede presumir...

ELISA. ¿Conque es decir que aún debo estarle á usted muy agradecida por su caridad?

MAT. Muy agradecida... No señora, no. No me agradezca usted nada. Si he de hablar con sinceridad, antes de

tratarla á usted el coronel me amaba..., ó más bien, me lo decia.

ELISA. Calle! ¿Conque ese es el amante que yo le he robado á usted? Mire usted lo que hemos averiguado!... (*Riéndose.*) Ya hace tiempo que me lo dijo en Pamplona un capitan amigo suyo...

MAT. Si ahora me dice usted eso porque se ha figurado que aún quiero á ese hombre..., se equivoca usted mucho. (*Casi llorando.*) Le olvidaré: lo juro.

ELISA. Muy bien, señorita. Así se lo diré.

MAT. No, no, por Dios señora! No le diga usted nada. Que se vaya bendito de Dios á Pamplona... y más que nunca le hubiera yo conocido! (*Llorando.*) Usted debe callar por el reposo de mi padre... y quizá por el mio. Ah señora! No le reciba usted... si no quiere verme morir de despecho.

ELISA. (Pobre criatura!) Usted quedará contenta de mí: lo espero. (*Le aprieta la mano, y le besa la frente.*)

ESCENA VII.

DICHOS *y* EULALIA.

EUL. El señor coronel Bermudez desea hablar con usted, señora.

MAT. Fementido!

ELISA. Que pase adelante.

MAT. Señora! ¿No acaba usted de prometerme...

ELISA. Sí, es verdad, pero quiero hablarle un momento.

MAT. Es posible, señora! ¿Tiene usted valor para admitir su visita, despues que he dicho...

ELISA. Sí, sí.

MAT. (Pues aunque sea para mayor tormento mio, he de presenciar...) (*Se sienta, separada un poco.*)

ELISA. Perdone usted, Matilde. Quisiera hablarle á solas.

MAT. Oh! Esto ya pasa de la raya. (*Levantándose.*) Me voy, señora. (Le va á recibir! execrable mujer!)

ESCENA VIII.

ELISA, EULALIA *y luego el* CORONEL.

EUL. (*Anunciando.*) El señor coronel Bermudez.

COR. (*A Elisa.*) Señora, me apresuro...

ELISA. Muy bien venido, señor D. Enrique. Ya esperaba... (*Advirtiendo que aún está Eulalia en la sala.*) Señora Eulalia, sírvase usted dejarnos.

EUL. Cómo! ¿usted no repara...

ELISA. (*Con severidad.*) Retírese usted.

EUL. Eterno Dios! (*Vase.*)

ELISA. Señor coronel, he recibido su carta de usted. Hombre más amable, más complaciente no se hallará. No sabe usted cuánto le agradezco que haya licenciado á ese jóven.

COR. Muchachadas, señora. Ya le dije á usted que aún no se habia dado parte, y por lo mismo ha sido muy fácil complacer á usted.

ELISA. De todos modos lo estimo en el alma.

COR. Aquí tiene usted la respuesta á su nueva solicitud.

ELISA. El despacho, tan pronto! Cómo ha sido posible?...

COR. Debió usted creerme cuando la hablé de mi influjo... ¿Y qué no hubiera yo hecho para merecer la recompensa que usted me ha prometido?

ELISA. (*Bajando los ojos.*) La recompensa?

COR. Sí, señora..., y usted no puede menos de comprenderme. La recompensa á que tengo derecho de aspirar, la que usted debe á mi ternura... y yo reclamo.

ELISA. Es usted muy ejecutivo, señor coronel. Sólo quiero que me conceda usted un momento..., el tiempo preciso para hacerle una pregunta, y cuando me haya usted respondido con franqueza..., le prometo de nuevo no ser ingrata á sus favores.

COR. Pero, señora, ¿qué necesidad... hable usted pues.

ELISA. Sentémonos, y vamos por partes. (*Se sientan.*) Cuando usted me galanteaba con tanto fervor en Pamplona, confiéselo usted, señor coronel, no era otro el objeto que usted se proponia que el de distraerse de sus penas...; de un amor más tierno, más verdadero.

COR. Señora..., yo...

ELISA No vale mentir. Aún está usted enamorado de Matilde, de aquella rubita hermosa que conoció usted en Logroño, y desapareció de la noche á la mañana.

COR. Qué oigo! ¿Usted sabe...

ELISA. Coronel, todo se llega á saber tarde ó temprano. En Pamplona me dieron algunas noticias de esos amores, y hoy las he confirmado. Pero no vaya usted á interpretar en su favor mis informaciones: cuidado con eso!

COR. (Me he lucido como hay Dios! Quién se lo habrá dicho?)

ELISA. Me han hablado muy bien de esa muchacha: es amable, bonita, honesta..., y á tantas prendas añade otras no muy comunes en este siglo: un amor decidido, y una constancia á prueba de bomba.

COR. Qué me dice usted! (Del mal el menos.)

ELISA. En otro tiempo la llamaba usted su ídolo, su delicia, usted juró amarla, serle fiel hasta la tumba, y ella, que no ha olvidado tan dulces juramentos..., ella sola tiene derecho á verlos cumplidos.

COR. Ah! Será cierto?..

ELISA. ¿Y qué diria usted, don Enrique, si supiera que yo soy su amiga, su confidente..., que todo me lo ha revelado, y que hace pocos momentos la he visto anegada en lágrimas acusándole á usted de inconstante y de perjuro?

COR. (*Exaltado.*) Oh cielo! Está aquí! Me ama todavía! Lloraba! Perdone usted, señora. La admiracion.., la sorpresa...

ELISA. Vamos, no tiene usted necesidad de disculparse: todo se lo perdono..., hasta la alegría, anuncio de su ventura, que en vano quiere reprimir. Ya veo que nunca ha dejado usted de amar á Matilde. Usted es un poco atolondrado, no es verdad?; pero naturalmente honrado, sensible...

COR. Señora...

ELISA. Capaz será usted todavía de jurarme que está muerto por mí... y yo creo buenamente que usted me quiere un poco...; pero esta es la ocasion de ser infiel ó ninguna. Se ofrecen tan pocas en que uno pueda serlo contando con la aprobacion general! Y por quién iria usted á abandonar á una niña llena de encantos? Por una mujer que se ha unido con otro... y que se ha unido por amor. Sí, Enrique, yo amo á mi marido. Él fué la guia, el protector de mi infancia. Le debo mis caudales y mi felicidad. Yo he prometido labrar la suya..., y jamás he faltado á mis promesas. Ahora respóndame usted: tienda la vista sobre el cuadro que se le presenta: por un lado la desgracia de un hombre de honor, la mia..., la de usted quizá; por otro la estimacion de mi marido, mi amistad, las dulzuras de un amor inocente..... Elija usted.

COR. Elisa, admirable Elisa! Un ángel me habla por esa boca. ¡Y yo la creia á usted mujer, y yo volando ciego en pos de un placer tan peligroso como culpable, la suponia á usted capaz... Ah! de confusion no me atrevo á alzar los ojos.

ELISA. Eh! Dejemos eso: qué me responde usted?

COR. Si es cierto que usted no me tiene por un perverso, puede dudar de mi respuesta?

ELISA. No dudo, no. Ahora merece usted la recompensa que le he prometido..., y voy á dársela.

Cor. Qué dice usted!
Elisa. Esa Matilde, esa jóven por quien tanto me intereso, es hija de mi marido.
Cor. Será posible!
Elisa. He ofrecido á mi esposo procurar la dicha de sus hijos, y empiezo por Matilde. Usted la hará feliz, Coronel; y en esa confianza se la voy á dar.
Cor. Ah, señora! Sería yo un villano si no mostrase mi agradecimiento arrodillándome á sus piés.
Elisa. A mis pies? Enhorabuena. Así, así queria verle á usted.

ESCENA ULTIMA.

Todos los iterlocutores. Eulalia *trae luces, que deja en la mesa.*

Cár. Y ahora qué dice usted, padre? Mentia yo?
Cor. (Mi Matilde! Qué linda está! Mucho más que cuando la conocí en Logroño!)
Mat. (*A Elisa*). Bien me cumple usted su palabra! Qué iniquidad! Qué horror!
Eul. Qué desenfreno digo yo! Un hombre á sus piés! Lo menos hace treinta años que no ha sucedido en Madrid cosa igual.
Tom. Y esa es nuestra madre política!... Voto va á sanes!... Yo la amaba ya! Eh, señora! Es una perfidia el sorprender así á las gentes. Para alguacil es usted la única.
Crist. Cállese el trasto! Y usted señora, á quien todo el mundo acusa, qué tiene usted que responder?
Elisa. Nada.
Mat. En vano intentaria disculparse.
Eul. Ya está confundida y desenmascarada.
Car. Ve usted cómo calla?
Elisa. Yo callo sí, pero el Coronel se encargará de mi defensa; que todos no han de ser fiscales para mí.
Eul. Pues! Su cómplice!...
Cor. Sí, señor; yo estaba postrado á los piés de esta señora, lleno de admiracion, de gratitud..., y si es necesario me humillaré á los de usted, señor don Cristóbal, sin levantarme de ellos hasta que me haya concedido la mano de su hija.
Mat. Qué oigo!
Crist. La mano de mi hija!
Cor. Hé aquí la hermosa niña que viajaba con su tia... (*A media voz*). Ya sabe usted..., la rubia...: la más querida de las dos.
Crist. Es posible! Cásese usted, cásese usted pronto. Yo gano ciento por ciento en el negocio. Friolera! un yerno más, y un rival menos.
Mat. Y es usted, señora, á quién debo tanta dicha! Despues que la he tratado con la mayor crueldad, con la mayor injusticia!... Ah! de vergüenza no me atrevo á aceptar.....
Elisa. Acepta, acepta! Hija mia, te regalo una boda en obsequio de la mía.
Cor. Matilde amada! (*Tomándole la mano*). (¡Que haya podido yo amar á otra mujer despues de haber conocido á mi rubia!)
Crist. En cuanto á usted, señorito, (*á Cárlos*), ya sabe usted lo que hemos tratado.
Elisa. Esposo mio, me parece que para celoso has cedido demasiado pronto. Tome usted, Carlitos, y lea. (*A Cárlos dándole la licencia y despacho*). Ahí tienes otra carta que acabo de recibir... y acaso corone el triunfo de tu hijo.
Car. Como, señora! Un destino, y mi licencia!
Crist. Su licencia! Qué quiere decir eso?
Elisa. Es un secreto nuestro.
Cár. Estoy confuso. Yo nada habia pedido...
Elisa. Qué importa? Eso se halla usted. Entre un fusil y un sueldo decente la eleccion no es dudosa.
Car. Yo empleado..., mi hermana feliz... Ah Señora! Soy indigno de tanta bondad. Á esos piés... (*Va á arrodillarse*).
Elisa. No; que están antes mis brazos.
Crist. Qué haces, Elisa? No: yo exijo...
Elisa. Poco á poco. Tú has podido sospechar de tu Elisa... Perdónale; ó yo no te perdono á tí.—Ah! tambien te voy á pedir una gracia para Tomasito.
Tom. Oh que bueno! No iré al colegio... Sin embargo, todavía siento que sea usted... mi madre política..., por otras ideas...
Elisa. Esta noche bailará con Rosita, ó con Luisita: á escoger. Por lo que hace á la señora Eulalia, el alma de la conjuracion, la que queria que una de las dos saltase de casa...
Eul. (Toda la nube va á caer sobre mí, que soy la parte flaca!)
Elisa. En mi casa de labor sita en el valle del Roncal hay una plaza vacante de ama de llaves que le viene de molde.
Eul. Eso es! Me aleja de Madrid para quedarse dueña absoluta de la casa. Gran Dios, las madrastras!!! (*Vase*).
Cor. (*A Cárlos*). Supongo que ni uno ni otro tendrémos ya deseo de irnos á matar.
Car. (*Le abraza*). No, hermano mio.
Crist. Ya habeis visto con harto rubor, hijos mios, lo que puede una preocupacion... Por más odioso que parezca su nombre, tambien hay en el mundo madrastras indulgentes y generosas.

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA.—Esta y otras traducciones, más ó menos libres, debidas á la pluma de D. *Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor, antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.

Madrid, 1862. — Imprenta de M. Galiano, Plaza de los Ministerios, 3.